

Algunos principios de la Comunidad Emmanuel en la nueva evangelización

Laurent Landete

Moderador de la Comunidad Emmanuel

1. Nacimiento y carisma de la Comunidad Emmanuel

Me gustaría empezar presentando la Comunidad Emmanuel, de la que soy el moderador, para exponer algunos de nuestros principios sobre la nueva evangelización en la primavera de la Iglesia.

La Comunidad Emmanuel está presente hoy en 57 países de todos los continentes y cuenta más de nueve mil miembros.

La Comunidad Emmanuel es una asociación de fieles que reúne todos los estados de vida entre los cuales hay doscientos veinte sacerdotes, ciento quince seminaristas, ciento ochenta hombres y mujeres consagrados en el celibato.

El carisma de la Comunidad Emmanuel está contenido en su nombre: Emmanuel, es decir, Dios con nosotros.

Es la contemplación del misterio de la Encarnación que sostiene la llamada de los miembros de la Comunidad Emmanuel. Pues «Se vive esta consagración primeramente en la profundización de las gracias de la Comunidad Emmanuel: en la adoración de Jesús-Eucaristía, de donde nace la compasión por todos los hombres que mueren de hambre material y espiritualmente, y la sed de evangelizar al mundo entero, particularmente a los más pobres» (Preámbulo de los Estatutos).

Desde los inicios de su fundación la Comunidad Emmanuel ha sido llamada a servir en Paray-le-Monial, lugar donde Cristo mostró su Corazón ardiente de amor por todos los hombres durante apariciones del s. XVII.

«¡He aquí este corazón que amó tanto al mundo!» y «quiero que me sirvas como instrumento para atraer a los corazones a mi Corazón» dijo Jesús a santa Margarita María Desafiados por esta llamada de Jesús los miembros de la Comunidad Emmanuel se esfuerzan de esta manera por

ser testigos de la misericordia de Jesús en el mundo. Por eso, se comprometen en la nueva evangelización allí donde viven.

Lo hacen primero por su testimonio personal: en su vida cotidiana, en su familia y en su trabajo, pero también poniéndose al servicio de proyectos misioneros para las parejas, las familias, los pobres, los jóvenes (sobre todo en las escuelas de evangelización), en los barrios difíciles de las grandes ciudades, ... durante sesiones, retiros o a través de nuestro organismo de cooperación misionera que es la FIDESCO, para construir un mundo más justo y fraterno.

Animados por las intuiciones de nuestro fundador queremos colaborar constantemente en el florecimiento de las vocaciones sacerdotales.

2. La misión de la Comunidad Emmanuel

Hoy la urgencia de este anuncio se da particularmente entre los jóvenes o los ambientes intelectuales.

Por ello, nos sentimos impelidos a la evangelización del mundo universitario y, a través de él, al anuncio de la verdad en nuestra sociedad cada vez más secularizada y tentada por el relativismo, sobre todo en el campo de la bioética.

Estamos invitados, correspondiendo a la llamada de numerosos obispos, a participar en la renovación del dinamismo apostólico de las parroquias desarrollando iniciativas espirituales y misioneras hacia personas que vuelven a la Iglesia y que muchas veces no han recibido una verdadera catequesis.

Creemos firmemente que la nueva evangelización tiene como objetivo enraizar la fe de las personas en una vida auténticamente teologal, sacramental y eclesial.

Sin embargo, pensamos que este testimonio sólo puede basarse sobre una auténtica comunión entre los diversos estados de vida. Esta *eclesiología de comunión* no es una mera solidaridad social. Se enraza en un compromiso común en servir al Señor y a la Iglesia en la misión y dar un testimonio vivo del amor fraterno que debe vivificar todas las relaciones de la sociedad.

El testimonio radical del amor fraterno entre los bautizados ya es un signo del Reino de Dios: «¡Mirad cómo se aman!» La Iglesia debe ser este modelo de misericordia y de compasión para atraer los corazones a Cristo: «sólo los corazones hablan a los corazones» diría el beato Newman.

3. El testimonio de la comunión

En el artículo 10 de la constitución sobre la Iglesia *Lumen Gentium* el Concilio Vaticano II nos recuerda la importancia del sacerdocio común de todos los bautizados. La caridad, la convivencia profunda entre los bautizados iluminan de modo nuevo el sacerdocio ministerial que está al servicio del sacerdocio común.

Es una gracia que incluye a los sacerdotes que, de esta manera, no viven solos su ministerio. Es esta vida comunitaria la que atrae a los jóvenes que hoy descubren y se sienten llamados al sacerdocio. Es una gracia también para los laicos, casados y solteros, en su búsqueda de la santificación cotidiana.

A mi parecer, es un baluarte contra las ideologías y las posiciones extremas que vemos a veces poner en peligro la vida y el apostolado de la Iglesia; contra la tentación de poder de parte de los laicos que quisieran que los sacerdotes adoptasen un perfil bajo. Y que, en el fondo, no creen en el sacerdocio ministerial.

Y, por otra parte, un baluarte contra las tentaciones de los clérigos de compensar los sacrificios soportados con el ejercicio del poder.

La comunión que estamos llamados a vivir entre el sacerdocio común de los bautizados y el sacerdocio ministerial tiene como objeto y finalidad la misión. La comunión es también una condición necesaria para la misión.

Y Benedicto XVI, algunas horas antes de su partida, da estas magníficas palabras:

«Y diría que después del Concilio se ha descubierto cómo en realidad el Concilio encontró, orientó hacia este concepto: la comunión como concepto central. [...] 50 años después del Concilio, vemos cómo este Concilio virtual se rompe, se pierde, y aparece el verdadero Concilio con toda su fuerza espiritual. Nuestra tarea, precisamente en este *Año de la fe*, comenzando por este *Año de la fe*, es la de trabajar para que el verdadero Concilio, con la fuerza del Espíritu Santo, se realice y la Iglesia se renueve realmente».

El carisma de la Comunidad Emmanuel es promover una vida comunitaria en donde los diversos estados de vida se articulen juntos en una comunidad que no es ni clerical ni laical.

El Cardinal André Vingt Trois nos decía:

La pregunta es siempre: ¿cómo se puede hacer evolucionar este modo de relación [entre sacerdotes y laicos], es decir, cómo construir un funcionamiento [...] basado a la vez en una responsabilidad jerárquica y en una

comuni3n sacramental? La responsabilidad jer3rquica se ve f3cilmente, la comuni3n sacramental se ve con menos facilidad, y cuando se lleva a cabo un tipo de relaciones m3s fraternales se hace a expensas de la responsabilidad jer3rquica. Entonces la pregunta tanto sobre la colaboraci3n de los laicos con los sacerdotes como sobre el tipo de comuni3n que existe entre ellos es una pregunta central del avance en la Iglesia. [...] ¿Que significa la colaboraci3n entre sacerdotes y laicos? ¿Significa que el sacerdote se aparte y deje a la gente actuar? ¿Significa que los laicos se encarguen de lo que hace el sacerdote?¹.

Ni el uno ni el otro, ipor supuesto! Pero estas personas que est3n alejadas de la Iglesia viviendo en un mundo duro, despedazado, dividido, humillado por relaciones de poder, se dejar3n tocar por un pueblo de Dios que sea testigo de caridad, de humildad y de complementariedad de los diversos estados de vida.

Esta comuni3n entre diversos estados de vida es ciertamente tambi3n un instrumento de curaci3n para todos los heridos por la vida, y particularmente para los que pudieran estar heridos por causa de la Iglesia.

No es f3cil llevar a cabo todo esto, pero creo que hace falta buscar este camino para evangelizar de verdad.

Quisiera compartirles el sentimiento hondo y fuerte que me invade: por la gracia de Dios vivimos un momento decisivo para la Iglesia y para el mundo; como si el soplo del nuevo Pentecost3s augurado por Juan XXIII, que ya estaba obrando en el Concilio, vivido en parte de manera misteriosa y algo prof3tica en las nuevas comunidades a pesar de todas nuestras pobreza, se desplegara ahora con una fuerza nueva.

Por 3ltimo, me gustar3a compartir un texto del cardenal Charles Journet escrito en 1936 en la Revista Cat3lica de Suiza Romande (Nova et Vetera): El Esp3ritu Santo y la divinizaci3n de la Iglesia.

En los momentos decisivos de su historia, el Esp3ritu Santo vendr3 en ayuda de su Iglesia por medio excepcionales. Suscitar3 en ella milagros de fuerza, de luz, de pureza. En la jerarqu3a o los fieles, hombres y mujeres van a levantarse, tendr3n para anunciar su mensaje tanta claridad en su voz, tanta santidad en el coraz3n, que el mundo crear3 escuchar de nuevo a los Ap3stoles.

Har3n milagros, discernir3n los esp3ritus, hablar3n en lenguas. Ser3n verdaderos profetas. Profetizar3n para iluminar, a la luz de la Revelaci3n, el

¹ La traducci3n es nuestra.

movimiento de su tiempo y las necesidades de los hombres. En ellos reaparecerán en una forma adaptada a las nuevas condiciones de la Iglesia, las gracias carismáticas que se extendieron a los primeros cristianos.

Estas venidas del Espíritu Santo en la Iglesia, estas visitas del Espíritu Santo, podrán limitarse a veces con ser ayudas milagrosas. Pero más a menudo, las manifestaciones carismáticas de la Iglesia sólo serán el signo externo, el contragolpe sensible de una efusión sobrenatural incomparablemente más valiosa aún, de gracia y santidad².

² La traducción es nuestra.